

**JOSE A. MAZZOTTI**

**POR LA ORILLA DEL RIO**

¿Demasiada soberbia no resulta  
detener lo que el viento por costumbre  
arrastra atravesando bosques, hilvanando  
su orden al nuestro con la geometría  
de los astros?

Ahora por la orilla del río deambulas  
y sólo te mereces el instante que allí gozas:  
repetir será siempre un regalo, pero nunca  
el mismo. Solamente la acción que se repite  
nos inflama: si en piedra queremos convertirla  
no hay río, si queremos  
parar también el viento  
qué pobre inflamación la que nos queda.  
Y Llama de Amor Viva, que murmura,  
qué poco es el consuelo y sin embargo  
qué terca la paciencia de encontrar sentido  
a trozos de granito sobre el mundo en blanco.

Tus pies sobre la arena,  
las gotas en la hierba,  
el llanto de las aguas repetidas:  
humildad con que olvidas el tormento  
de aislarte aislándolos  
cual joven cazador que sólo encuentra  
placer en el cadáver de los ciervos.

**SAQSAYWAMAN**

Un ángulo bosteza entre las piedras  
 igual que el inestable cielo limpio  
 que arquea ya sus nubes, ya sus gotas  
 y entonces la mañana es un incendio  
 claro: se hunden las montañas en el aire  
 y arriba estira el brazo, al primer rayo,  
 el ángulo que carga las murallas.

*Saqa Uma*: cabeza colorida  
 con que el puma recibe la voz blanda  
 de un sol besando el valle más que el cielo  
 y extiende al otro extremo la pelambre  
 y échase a andar con sus comercios frescos.  
 Un trueno de paredes redondea  
 las torres sucesivas en que una  
 destaca por el norte y así instala  
 la boca del felino hacia los límites  
 de selvas y de mares imposibles.  
 Un solo muro, al sur, tiende las plantas  
 dejando para arriba que se curve  
 el arco cuya sombra ha de entregar  
 la mano de la esposa a la del cónyuge  
 en santa posesión de cielo y valles  
 teniendo como ombligo la sagrada  
 plaza que se alza y que camina con las garras  
 sobre el dorado imperio, cuyas puertas  
 cargan iglesias hoy, y éstas orines.

**SONQORURU**

*Una máscara desciende de sus ojos  
 ahítos de mirarse en el espejo. Máscara  
 de fiesta con que un canto  
 se cuelga como el beso de la niebla:*

*tiembla la flauta sobre el cerro  
 y un grillo transformado en oro  
 arrastra sus pezuñas en el huerto.*

“Fruto del corazón, a ti te busco.  
Finge la noche helada no envolverte, finge  
el águila ignorar venados tiernos  
salidos a la fuente a contemplarse  
y dar resplandecientes sobre el pasto  
el triunfo de su tea con desgano.  
Pero ellos no comprenden, *sonqoruru*, la paciencia  
que va haciendo del árbol una estrella  
y haciendo de la estrella una pequeña  
guimalda de esmeraldas frías.  
A lo largo del valle y en la orilla  
del río que lo lame y que le arranca  
gemidos de arboledas, tú sólo, *sonqoruru*, puedes  
guardar en tus semillas la distancia  
del eco que rebota en los glaciares  
y baja a la carrera a las llanuras  
por un lado de arena, de manglares  
por otro, agotándose bebiendo  
la baba del océano y sus chasquidos.  
El eco de ese valle es el intento  
de darle al aire impuro la armonía  
que dejo en las cortezas impregnada  
de tan solo entonarte dulcemente  
debajo de la luna calentando  
el centro de tus piedras transparentes.

No baja hasta mañana el sol  
ni han de quedar ya para entonces limpias  
las hojas en su rama.

Fruto de mi corazón, ¿no has de venir?”

*La máscara de pronto en el espejo  
no es máscara que sople el vaho espeso  
que deja entre los surcos el viajero.  
Volverán en un año de esmeraldas  
tiñéndose las frutas en el huerto: volverán  
jalando tercamente, desde el cielo,  
un árbol inflamándose en el viento.*

**CODO EMPINADO**

La esquina de Manhattan donde brota  
la fuente de cerveza aguada  
no es casa en la que un dulce peregrino  
alivie la fatiga de sus plantas:  
gravedad de la hierba  
que no por olorosa falta menos, claro  
de luna sostenida por un fierro,  
y tú, muñeca inflada  
colgando desde el pelo de una viga:  
un cruce de caminos se levanta  
al canto de unos místicos descalzos,  
y la espina boreal de los collares  
apenas si repinta un trazo fresco  
a los rostros andinos que aparecen  
decúbito dorsal en la memoria:  
atrás los últimos disparos  
que no alcanzan la meta ni se apagan,  
chillando como fuego artificial  
en la fiesta de los cuerpos simultáneos  
y la fosa como boca que mastica  
sin hilo dental y sin paciencia  
Oh los pelos Oh los ojos Oh los dedos  
y la punta de un palo recortado, cómo  
nombrarte sin nombrarte y beber fuente  
de lúpulo sagrado sin retorno, dónde  
oír sin que se filtre el imperdible  
de un canto tarareado inútilmente:  
sabedor de su muerte  
se inclina el peregrino ante las hojas  
escritas con insurrección, y el viento  
amable deposita  
la esquina de St. Mark donde convergen  
soledad de peregrino y soledad  
de muerto en las aldeas del recuerdo.